

Sección dos: Textos. Lectura y sociedad

NOTAS SOBRE LA LECTURA

Eliacer Cansino

elicansino@gmail.com

Leer es siempre un acto de libre elección. Por eso en los libros podemos elegir al confidente perfecto, al espíritu gemelo, al maestro que abre puertas y nos deja ya en el camino, al revelador de los misterios que otros nos ocultan, al crítico que cuestiona las falsas seguridades en que vivimos, en fin, al liberador que nos impulsa a tomar en serio nuestra propia liberación. *Sapere aude*, decía Kant, como emblema de la Ilustración, *atrévete a saber*; hoy, tal vez diría *atrévete a leer*, pues es en el libro, sin duda, donde mejor se preserva el verdadero conocimiento.

Cuando los libros eran privilegio de unos pocos bien podían ser recubiertos de la piel de las manzanas prohibidas. Quien se atreviera a morderlas sería castigado. Estaba prohibido tomar los frutos del árbol de la ciencia, entre otras cosas, porque ese fruto nos igualaba a nuestros dominadores y por tanto echaba por tierra su dominio. Víctor Hugo, lo vio muy bien en *Nuestra Señora de París*, donde uno de sus personajes dice de los libros: “Creedme señor, es el fin del mundo. Jamás se vieron semejantes desafueros entre los estudiantes. Son los malditos inventos del siglo los que lo echan todo a perder. Las artillerías, las serpentinas, las bombardas, y *sobre todo, la imprenta, esa peste que nos viene de Alemania.*”

El libro hay que despertarlo. Hay bienes que se poseen sólo por el hecho de estar entre nosotros. Al tener un jardín disfrutamos de sus flores y sus árboles, al tener una buena medicina disfrutamos de sus beneficios. Pero no ocurre así con otros bienes, entre los que se encuentra el libro. Tener una biblioteca no nos hace partícipes de su contenido. El libro hay que actualizarlo. De la misma manera que si tenemos una partitura no tenemos la música hasta que el intérprete convierte en sonido las notas del pentagrama, de igual manera el lector ha de leer las páginas del libro para que este diga su canción, su mensaje cifrado entre las letras. Ese esfuerzo —que en la mayoría de los casos se convierte en placer— no podemos evitarlo.

Los grandes secretos se dicen a solas, en el momento oportuno. Nadie va por ahí desvelando sus descubrimientos o el fruto de sus meditaciones a cualquiera y en cualquier lugar. Por eso, si no fuera por el libro y el ejercicio de la lectura, hubiésemos perdido la oportunidad de acercarnos a tantos y tantos sabios. No habríamos tenido la ocasión de entablar diálogo con ellos y, por tanto, habríamos perdido la posibilidad de

hacernos partícipes de los mismos. La lectura es siempre una oportunidad para salir de la superficialidad de las opiniones y entrar en la profundidad del pensamiento.

Quien sabe sumar, dice Kant, sabe todo lo que hay que saber sobre la suma. Quien sabe leer, pienso yo, sabe todo lo que hay que saber frente a un texto escrito, posee las claves del desciframiento. Es cuestión de esfuerzo o clarividencia llegar a descifrar el mensaje que contiene.

Leo en un libro de psicología sobre la ceguera: “Charles Barbier (1767-1861), oficial del ejército francés, diseñó un alfabeto a base de configuraciones de puntos para ser leídos de noche en el campo de batalla, sin necesidad de delatar la posición propia encendiendo la luz; este sistema fue denominado “escritura nocturna”. He aquí un antecedente de sistema Braille.”

Leer en la oscuridad, sin luz exterior, sólo con la iluminación de la conciencia, la luz interior del pensamiento y la ternura de unos dedos que ponen en la frente las palabras del mundo.

La lectura de los textos del pasado nos hace partícipes de una comunidad de lectores que cruza a través de la historia. No hay experiencia más emocionante que aquella en la que uno se da cuenta de que su acto lector es exactamente el mismo de cientos de personas a través del tiempo. Cuando uno de nosotros lee a Platón, pongamos por caso, está haciendo exactamente lo mismo que hizo Hegel, lo mismo que Kant, igual que Descartes, la misma lectura de Santo Tomás, igual que Cicerón, lo mismo que Aristóteles y lo mismo que otros millones de desconocidos cuyo nombre no nos ha donado la historia, pero que sabemos que estuvieron ahí, bajo la vela, el candil o la lámpara, o simplemente a la luz del sol. Sin duda alguna, esa repetición del acto lector nos sitúa en una comunidad de lectores, una comunidad de personas que compartimos experiencias y nos permite decir que somos del mismo mundo. Esa comunión, ese sentirse partícipes de un gesto repetido, testimonia nuestra búsqueda, nos asegura que estamos en la misma lucha, en el mismo diálogo con el mundo, en el denodado esfuerzo por responder a esa pregunta mil veces repetidas y una y otra vez reformulada: ¿qué es el hombre?

¿Cuántos adolescentes no nos hemos conmovido con los versos de Bécquer? ¿Cuántos no hemos amado platónicamente —tal vez leyendo erróneamente a Platón—, movidos por un aura de espiritualidad, desde que el viejo griego diseñó aquella manera de aspirar a la perfección, a lo incorruptible? Sin Platón, sin los trovadores medievales, sin los autores románticos, ¿cómo expresaríamos nuestros anhelos, nuestra ambición espiritual?

La escritura nos salva de la desmemoria y la lectura nos devuelve los recuerdos. Por supuesto, no solo los nuestros, también los de la humanidad.

A pesar “del poco dormir y del mucho leer”, Don Quijote no es un lector empedernido. ¡Qué mal usamos ese adjetivo! Empedernido es el que tiene el corazón duro como piedra. Y nada más lejos de nuestro héroe. A veces, incluso, al hablar de nuestras vocaciones les llamamos aficiones empedernidas, cuando en realidad estas son siempre la llamada a un corazón abierto, palpitante, “enternecido” (Eso es en realidad Don Quijote: un lector “enternecido”). De todos los caballeros que en el mundo han sido, Don Quijote es el gran lector. Y muchos han querido ver en esa su afición la causa de sus desvaríos. Pero ¿qué desvaríos son esos? Exigir respeto, lealtad, fidelidad, grandeza de espíritu, excelencia del carácter, animosidad en lo adverso, solidaridad con el débil, equidad en el trato, esperanza tras los infortunios... ¿Qué desvarío son esos? ¿Que confunde molinos con gigantes, ovejas con ejércitos? Desvaríos menores todos ellos, de los que no han hecho verdadero daño a nadie. Y en cambio, ¿qué ha aprendido Don Quijote de sus lecturas? Y, sobre todo, ¿qué nos ha transmitido de ellas, qué nos ha verdaderamente enseñado? Habría que acabar la lectura de ese libro prodigioso, diciendo: Gracias, buen Alonso Quijano, que por tus lecturas nos diste las claves de un mundo mejor, con una generosidad tan extrema que enfermaste por los demás. Enfermedad divina la tuya, esa de darlo todo por la salvación de los demás.

Si el libro constituyó para el lector desde el principio un sistema de apertura al mundo, los *mass media* constituyen un sistema de invasión del mundo sobre el individuo. En la actualidad los medios son un invasor que busca al sujeto hasta los últimos rincones donde este pueda encontrarse. Y es en la lectura donde aún logra ocultarse el sujeto de sus insistentes asaltos.

Los *mass media* odian el libro, el periódico, la revista hecha de letras. Lo odian porque son el único parapeto que aún defiende al sujeto de la invasión. Nos buscan por todos sitios, en la calle, en el coche, en la casa, y, a veces, nos encuentran en una habitación apartada —o en la misma habitación donde se halla instalado su armamento— parapetados tras el libro. Entonces utiliza sus arietes y golpea el libro una y otra vez hasta que logra que el lector, así defendido, en uno de esos ataques baje la guardia y caiga bajo el dominio del invasor.

La lectura de un libro, al contrario de otras manifestaciones audiovisuales (el cine es el ejemplo mayor) no permite recepciones masivas. El libro hay que leerlo solo y de uno en uno, a diferencia del teatro, el cine o la televisión que permiten a una comunidad de espectadores participar todos a la vez de una experiencia semejante. Ni siquiera es posible aceptar que la lectura en público sea lectura propiamente dicha, porque entonces más que lectura es representación. En muchas ocasiones mi experiencia de lector público me ha hecho ver que la atracción que produce la audición, la modulación de la voz, la intensidad, o la administración tonal del suspense produce efectos emotivos cercanos al teatro.

En muchas ocasiones he realizado ante mis alumnos el rito de cortar las páginas de un libro intonso. Casi ninguno de ellos —tan jóvenes— sabe que hasta mediados del siglo veinte muchos libros traían las páginas sin separar y que para leerlos había que rasgarlas

con un abrecartas o cualquier objeto afilado. Sí, eran los libros intonsos, o sea, libros cuyas páginas se hallaban plegadas sin cortar. Aún hoy podemos encontrar libros así en los estantes de las bibliotecas, lo cual nos indica de forma indiscutible que esos libros no fueron leídos nunca.

La existencia de estos libros es la causa de mi creencia en que hay libros que nos esperan durante años. Lo comprobé el día que extraje de un estante un libro intonso que llevaba cuarenta años en el plúteo de una librería sin que nadie lo eligiera. Sucedió en una vieja biblioteca donde hallé la colección de todos los libros de Hugo Wast (un escritor argentino muy leído en los años 40). A todas luces se veía que todos los ejemplares de la colección habían sido leído profusamente, dado que en su páginas había subrayados, pliegues, manchas..., todos, excepto uno, cuyo título era *Vocación de escritor*. Pueden imaginar que, siendo esa mi vocación, en cuanto lo vi me sentí atraído. Lo extraje del estante y cuál no sería mi sorpresa al darme cuenta de que estaba intonso, es decir que en cuarenta años nadie había puesto sus ojos en él. Había permanecido allí todo ese tiempo, mudo, esperando a la persona que habría de rescatar su mensaje, y, azares de la vida, resultó que esa persona era yo.

La lectura es la verdadera máquina del tiempo. De ninguna otra manera podemos viajar con más verdad al pasado y al futuro.

A veces libro y realidad exterior entran en conflicto. El lector intenta desasirse de la realidad y adentrarse en las páginas que lee, pero algo se lo impide. Cualquier motivo urgente del exterior le obliga a no salirse de su vida y adentrarse en la de otro. Lo hemos comprobado en muchas ocasiones: cuando intentamos leer para matar el tiempo de una cita o hacer más rápida la lenta espera ante la puerta del médico. En efecto, para leer hay que separarse del exterior o establecer un paréntesis formado por las dos cubiertas del libro que nos proteja del mundo y nos deje la libertad suficiente para asentir a la llamada de la palabra escrita.

Cada libro porta un mensaje cuyo remitente desconoce dónde, cuándo y quién lo leerá. Cuánto se sorprendería el autor al ver que siglos después y en un lugar insospechado alguien lee su libro.

Cuando un joven da con el libro indicado, cuando encuentra respuesta a alguna de sus preguntas, acogida a sus sentimientos, solución a sus perplejidades o, simplemente, compañía para su alma dolorida, cuando eso ocurre, el camino de los libros no tiene ya retorno.

Leer es algo extraño y antinatural. Me explico, al leer provocamos una transformación en nuestras facultades perceptivas. Lo que estaba destinado para ser oído, pasa a ser visto. Y los ojos, que en principio solo sabían mirar, han aprendido a oír; dicho de otra manera, han aprendido a seguir el curso de las palabras. Leer es *la mirada auditiva*.

El hombre no “cultivado” en la lectura, el más cercano al estado natural, prefiere ver y oír a leer. La lectura es siempre un acto que exige aprendizaje y esfuerzo. Por eso, en cuanto relajamos esa disciplina y proponemos un mundo de imágenes, el hombre vuelve a su estado natural y, por supuesto, prefiere no leer.

Biblia pauperum llamaban los medievales a los relieves tallados en las fachadas de las iglesias en los que se exponía la historia sagrada. Biblia de los pobres, de los que no eran capaces de leer. ¿Será el actual mundo icónico un mundo de pobres?

Leer es siempre un acto de absoluta igualdad. Nada ni nadie puede evitar que si tú quieres puedas tener un encuentro personal, un diálogo privado con el hombre o la mujer que más sepan de los asuntos que te interesan o con los que posean la sensibilidad más profunda o el espíritu más noble. Nadie puede evitar ese encuentro entre vosotros. Los libros no ejercen derecho de admisión. Por eso al leer tenemos al alcance de la mano lo que antes solo estaba destinado a los príncipes. Sí, al leer eres un príncipe y nada te está vedado.

Lo que lee un niño no siempre es lo que cree el adulto que ha leído. El niño estrena lenguaje y aún no ha esclerotizado el significado de las palabras. Los niños otorgan a las palabras sentidos insospechados, provocados por el sonido, la apariencia o simplemente por relaciones azarosas. Por eso la poesía no es para los niños ninguna rareza, sino una forma natural aún de ver el mundo. Cuando un niño lee por primera vez la palabra “bosque” o “cielo” abre un espacio de significados impredecibles.

Todos recordamos cuando aprendimos a leer. ¡Qué felicidad, por fin, ir por la calle descifrando los anuncios, los carteles, los nombres de los comercios...! Un mundo misterioso, que hasta entonces nos estaba vedado, parecía de pronto abrirse a nuestros ojos. Como un “abretesésamo” infalible. Aún recuerdo la inquietud que sentí al leer por primera vez en un cartel la palabra: “Droguería” y su explicación anexa: “Almacén de drogas”.

Por más que nos empeñamos en dirigir nuestros pasos, cuántas veces no es el azar quien nos dirige. Busco un libro en el estante de una librería y al ir a cogerlo dejo caer al suelo, inadvertidamente, otro impensado. Desde el suelo su portada y su título me reclaman. Lo tomo, me siento atraído, lo abro, me intriga, finalmente me seduce. Sin darme cuenta olvido el título que fui buscar y regreso a casa con el recién hallado, fruto de un flechazo.

Junto al libro elegido siempre hay otro que nos espera y, quizás, con más razones.

Al tomar un libro nos llevamos el silencio que contiene. Podemos cuidar sus hojas, sus cubiertas, pero si no cuidamos su silencio apenas podrá decir su mensaje. Las páginas de un libro están hechas de silencio. Son silencio habitado. Entre sus líneas está el silencio que hace nacer a la palabra, que permite que la palabra sea. Para entrar en un libro tenemos que dejar el ruido fuera, compartir su silencio. Solo quien respeta el silencio del libro llegará a oír su voz.

Me gusta observar ese gesto del lector que detiene su lectura, levanta la cabeza y deja la mirada perdida en el infinito. En realidad no mira nada o mira sin mirar. Aunque tiene la vista en el espacio, no es el espacio lo que detiene su atención, mira dentro de sí, en su interior, donde están todas las claves.

Nota de las editoras:

Eliacer Cansino Macías nace en Sevilla en 1954. Según sus propias palabras se ha dedicado profesionalmente a la enseñanza de la Filosofía por vocación y por hobby atiende la llamada de la literatura escribiendo desde joven.

Por la calidad de su producción, está considerado uno de los mejores autores de Literatura Infantil y Juvenil. Su obra, eminentemente narrativa, ha conseguido los más altos galardones (Lazarillo, Nacional de Literatura Infantil y Juvenil, Lista de Honor IBBY) y ha sido traducido a numerosos idiomas.

La fluidez de su prosa, su habilidad para enganchar a sus lectores con temas y personajes con los que empatizan fácilmente forman parte de su éxito. Su capacidad para ampliar los horizontes lectores por medio de referencias literarias y culturales es también la marca más característica de su producción.